

Burke, Peter. *¿Qué es la historia del conocimiento? Cómo la información dispersa se ha convertido en saber consolidado a lo largo de la historia*

Buenos Aires, Siglo XXI, 2017, 189 páginas.

Trad. María Gabriela Ubaldini

por Ana María Vara, EH-UNSAM

Cuando un libro de historia se inicia con una observación sobre el presente, hay que prestar atención. Es probable que se trate de una justificación, una toma de posición o una mirada reflexiva sobre el propio trabajo. Un poco de todo eso encontramos en los párrafos iniciales de *¿Qué es la historia del conocimiento? Cómo la información dispersa se ha convertido en saber consolidado a lo largo de la historia*, de Peter Burke, que se inicia con estas palabras: “Si la historia del conocimiento no existiera ya, habría que inventarla, en especial para poner la reciente ‘revolución digital’ en perspectiva, vale decir, la perspectiva de los cambios que se han producido a lo largo del tiempo”. Uno de los aspectos más interesantes de la cita y del razonamiento que continúa, es que exhibe un punto de vista afín con la llamada Escuela de Toronto, de filiación McLuhanista, entre cuyos nombres fundamentales se destaca Walter Ong y que cuenta entre sus mentores a Jack Goody –de quien se dice que puso nombre a la escuela (Olson, 2007) y que el propio Burke admira (2009), lo que nos da una línea de puntos para establecer la vinculación–. El autor señala la importancia de los cambios tecnológicos en las comunicaciones en relación con la producción y circulación del conocimiento:

Los sistemas de conocimiento de la humanidad sufrieron cambios fundamentales en ciertos momentos del pasado. En primer término, debido a las nuevas tecnologías, como la invención de la escritura en Mesopotamia, en China y en otros lugares; la invención de la imprenta, en especial la xilografía en Asia del Este y la impresión con tipos móviles en Occidente; y ahora, ya en el período del que tenemos memoria, la aparición de las computadoras (sobre todo, las personales), así como de internet. Estos cambios tienen consecuencias impredecibles, para mejor y para peor. (Burke, 2017: 15).

Ahora bien, pese a sugerir en sus inicios una genealogía tan antigua como la invención de la escritura, *¿Qué es la historia del conocimiento?* se concentra en la Edad Moderna. El texto, breve pero intenso, constituye una versión condensada de la magnífica obra en dos tomos de Burke: *A Social History of Knowledge from Gutenberg to Diderot* (2000); y *A Social History of Knowledge from the Encyclopaedia to Wikipedia* (2012). El volumen integra una colección de brevarios del sello Polity, que incluye una veintena de títulos. Así, *¿Qué es la historia del conocimiento?*

forma parte de un esfuerzo por hacer accesibles a lectores interesados aspectos específicos de la producción historiográfica por investigadores de primera línea, en la tradición de la mejor divulgación anglosajona, lo que supone una operación doble: educar y consagrar. En este último aspecto, resulta significativo que Burke sea el único autor de dos volúmenes en la colección, ya que también firma el texto sobre historia cultural.

Junto a historiadores como Carlo Ginzburg o Jacques Le Goff, Burke es representante de una generación que amplió la mirada sobre qué es hacer historia, llevando al centro de la escena la vida cotidiana, las fiestas, los gestos, los sueños, así como los saberes y las técnicas, artesanales o eruditos. Varios de sus trabajos, como *Popular Culture in Early Modern Europe* (1978), *Sociology and History* (1980), *The Renaissance* (1987), *The French Historical Revolution: The Annales School 1929-89* (1990), se han convertido en obras de referencia. La historia del conocimiento es una nueva especialidad que Burke impulsa desde la década de 1990, y que resulta de la confluencia de por lo menos tres líneas: la historia del libro, la historia de la ciencia y los estudios sociales de la ciencia y la tecnología. Como el propio Burke señala, el campo se está institucionalizando, con grupos de investigadores en las universidades de Múnich y Oxford, dedicados al comienzo de la Edad Moderna; nuevas cátedras, como la de Culturas del Conocimiento a Comienzos de la Europa Moderna, en la Universidad de Erfurt. Burke también suma a su listado centros como el Instituto Max Planck de Historia de la Ciencia en Berlín, fundado en 1994; y el Centro de Historia del Conocimiento en Zurich, fundado en 2005, e insiste en la importancia de la consolidación de esta “semidisciplina”, como la llama, en tanto superadora de visiones previas. Sostiene que el área debe enfrentar tres desafíos. El primero demanda ir más allá de la noción de “ciencia”, acuñada en el siglo XIX, teniendo cuidado en el uso de este término para evitar anacronismos (“lo que los historiadores más detestan”, acota pedagógicamente). El segundo desafío supone recuperar los conocimientos prácticos de los oficios, es decir, de los sectores populares, y es consecuencia “del interés académico en la cultura popular, incluidos los conocimientos prácticos de los artesanos y curanderos”. Finalmente, “el tercer y más decisivo desafío” tiene que ver con el surgimiento de la historia global y con la concomitante necesidad de incorporar los “logros intelectuales de las culturas no occidentales”. Aquí, nuevamente, surge la cuestión de la “ciencia”, en la medida en que se trata de una forma particular, situada, de producir conocimiento. De alguna manera, entonces, debe entenderse la historia del conocimiento como un esfuerzo por visibilizar y entender el aporte de “los otros”, entendidos en varias dimensiones. Está claro que Burke tiene antecedentes notables para responder a los primeros dos desafíos. Pero no parece tan preparado para responder al tercero. Volveremos sobre este punto, porque es crítico.

El libro está organizado en cuatro secciones principales, más una Línea del Tiempo y una serie de Lecturas sugeridas. La primera sección, “Los conocimientos y sus historias”, es la más breve e incluye cuatro subsecciones: La historiografía, ¿Qué es el conocimiento?, Los conocimientos (en plural) y La historia y sus vecinos. Ese aquí donde Burke intenta a la vez definir y delimitar el territorio, de dos maneras: terminológicamente, discutiendo distintos modos de llamar al

conocimiento en diversas tradiciones; y disciplinariamente, explorando los límites y solapamientos con otras líneas de trabajo en las ciencias sociales y humanas, como la sociología y antropología del conocimiento, los estudios poscoloniales y hasta el “giro cognitivo” en la economía. Es un recorrido veloz pero estimulante, porque plantea algunos interrogantes básicos sobre las condiciones de producción de conocimiento.

La segunda sección es la más extensa. Se titula “Conceptos” y tiene 19 subsecciones que se parecen bastante a las entradas de una enciclopedia especializada; de hecho, el autor describe esta sección como un “glosario” y los ítems están organizados alfabéticamente. Algunas entradas son interesantes porque se lo ve a Burke “hacer justicia” con investigadores contemporáneos, es decir, evaluar y ponderar el aporte de varios nombres. Por ejemplo, en la entrada Conocimientos sojuzgados, ocupa un lugar central su comentario sobre el libro *Orientalismo* de Edward Said, presentado como un “célebre y controvertido estudio”. Cualquiera familiarizado con el mundo cultural anglosajón sabe las prevenciones que despierta el calificativo “*controversial*” (en inglés): es una invitación a tomar distancia *a priori*. Una muestra de la posición de Burke frente al libro de Said: tras consignar que el trabajo fue crítico con los estudios anteriores sobre el tema, destaca que “a su vez ha sido objeto de numerosas críticas por reducir el interés de Occidente por ‘Oriente’ al deseo de dominar, ignorando a muchos investigadores a quienes sólo movía la curiosidad desinteresada, como suele suceder con los investigadores”. La cita es tan reveladora de cierta ingenuidad política de Burke que no requiere comentarios. Tras mencionar trabajos para apoyar su argumento, se concentra en la India, incorpora breves menciones a los aportes locales, y concluye aseverando que “la producción británica del conocimiento sobre la India fue una verdadera producción conjunta, el resultado de un diálogo entre diferentes grupos, ‘aunque no siempre en igual medida’”, citando a Trautmann. La entrada cierra con la propuesta de uso del término “negociación” para designar este trabajo conjunto, sobre el que, sin embargo, reconoce que “es algo escurridizo”. En compensación, un uso generoso del impulso por “hacer justicia” se ve en la entrada Intelectuales y polímatas, donde Burke reivindica a Michael Polanyi y, más significativamente, a Jared Diamond (“un fisiólogo que pasó a la ornitología”), de quien menciona, sin comentarlas, dos obras que incluye en el área de la “historia mundial”: *Guns, Germs, and Steel. The Fates of Human Societies* (1987), y *Collapse. How Societies Choose to Fail or Survive* (2005).

Hay también entradas enlazadas, como las referidas a Disciplina, Interdisciplina, Órdenes del conocimiento y Profesionalización, que además se vinculan con la mencionada sobre Intelectuales y Polímatas. También están enlazadas las entradas sobre Gestión del conocimiento y Sociedad del conocimiento. En respuesta a tendencias recientes, Burke incluye una entrada sobre Innovación, donde hace un recorrido por autores que podría considerarse un poco caprichoso; y otra, limitada, sobre Regímenes de ignorancia, una línea de trabajo sin duda novísima. En varios casos Burke se pregunta qué aportaron o podrían aportar los historiadores, privilegiando tácitamente esta disciplina. Sin embargo, es sugestivo que en las dos primeras entradas, Autoridades y monopolios, y Conocimiento tácito, se apoye mucho

en teorizaciones canónicas de Pierre Bourdieu.

La tercera sección se denomina “Procesos” y tiene seis subsecciones: Intentos de objetividad, Recopilación de conocimientos, Análisis de conocimientos, La difusión del conocimiento y El uso de los conocimientos. Es una sección bastante clásica, en la que Burke parece cómodo, en tanto resulta la más directamente vinculada con la historia de la ciencia cruzada con un poco de epistemología. Hay apartados sobre el desarrollo de metodología, un poco sobre instrumentos y expediciones, sobre censura, sobre difusión, sobre popularización. En el apartado sobre La construcción de la República de las Letras, es interesante notar que en diálogo con autores no “controvertidos” como George Basalla, Burke es menos conservador al aludir a las relaciones de poder entre países, reconociendo la validez de estudios que enfatizan “los vínculos entre la ciencia occidental y el imperialismo occidental”.

La cuarta sección se titula “Problemas y perspectivas”, y tiene dos subsecciones que corresponden a las dos nociones del título principal. Es una sección orientada francamente a la discusión teórica. Los “Problemas” son ocho. Algunos son nudos ineludibles para un historiador, como: Historias internas / Historias externas, Anacronismo, o Triunfalismo. Otros suponen diálogos que exceden esta disciplina, como Continuidades / Revoluciones (en el que Thomas Kuhn ocupa un lugar central con *The Structure of Scientific Revolutions*, 1962); Agente / Sistema (donde reaparece Bourdieu); Relativismo (que empalma con una entrada en la sección anterior sobre Conocimiento situado y menciona nuevamente a Kuhn, pero también a David Bloor, además de dialogar con la antropología); y Constructivismo, donde ocupan un lugar central *Laboratory Life* (1979), de Bruno Latour y Steven Woolgar, y *The Manufacture of Knowledge*, de Karin Knorr-Cetina (1981). Resulta indicativo del espíritu conciliador de Burke que, en referencia tácita a las *science wars* de la década de 1990, comente en este apartado que el debate entre “descubrimiento” e “invención” parece “haberse acomodado en un punto medio”. Finalmente, la sección incluye el hoy inevitable apartado sobre Género, que es el más largo, con referencias a Donna Haraway, Ann Shteir, Bonnie Smith, Eileen Power y el “trabajo pionero” de Alice Clark. Es significativo que Burke reduzca aquí notablemente sus comentarios valorativos, limitándose a presentar diferentes enfoques.

La subsección “Perspectivas” funciona como epílogo. Burke revisa a vuelo de pájaro el estado del campo en las historias específicas que pueden contribuir a la historia del conocimiento, como la militar, la global, la llamada “Grande” o “Profunda” (que abarca grandes períodos de tiempo), así como los aportes de los estudios cognitivos. Al quedar en evidencia la heterogeneidad de las corrientes que podrían confluir en el área, surge la pregunta por la posibilidad —o hasta la conveniencia— de su consolidación.

Finalmente, como dijimos, la edición incluye una “Línea de tiempo” de bibliografía “selecta”, que comienza en 1605 con *Advancement of Learning*, de Francis Bacon, e incluye unas pocas obras de los siglos XVIII y XIX, como *Anleitung zur Historie der Gelahrtheit* (1718), de Gottlieb Stollen; *Esquisse d'un tableau historique des progrès de l'esprit humain*, de Condorcet; o *Histoire des sciences et des savants* (1873), de Alphonse de Candolle. La cronología se inclina decididamente a favor del siglo XX, acelerándose fuertemente a partir de la década del setenta:

se trata de una especialidad novísima. Es evidente en este listado un esfuerzo por ampliar el campo de los saberes, en el sentido de los tres desafíos presentados por Burke que comentamos previamente. Son testimonio de ello muchos de los nombres mencionados, como Said, Haraway, Bourdieu o Latour, o algunos en los que no nos detuvimos, como Walter Mignolo y Edgardo Lander. Claro que, por referirnos a una sola dimensión representativa, el único libro citado escrito originalmente en español es el compilado por Lander, *La colonialidad del saber. Eurocentrismo y ciencias sociales. Una perspectiva latinoamericana* (2000), cuyo hallazgo despierta inmediatamente el interrogante de cómo llegó ahí. Porque debe observarse que incluso los libros publicados originalmente en francés y alemán son minoritarios. En todo caso, el lugar de autoridad de Burke queda de manifiesto no sólo por su atrevimiento para convocar y articular a autores tan diversos, sino también por su capacidad para, a su vez, consagrarlos. El listado también deja en evidencia los límites de ese esfuerzo ampliatorio. En su reseña del libro, precisamente, Judge (2017: 183) señala la poca familiaridad de Burke con la historia del conocimiento en China. Que toda selección puede ser criticada, sin embargo, queda en evidencia al sumar la crítica de Rens (2006), quien sostiene que en la “Línea del tiempo”, las áreas de la historia de las disciplinas y de la historia de las humanidades, de reciente consolidación, están bien representadas, pero que no ocurre lo mismo con la historia de la ciencia. Él mismo ensaya una respuesta: que quizás Burke haya querido evitar una selección que podría haber sido criticada, evitando así abrir una “caja de Pandora”. En segundo lugar, se muestra sorprendido por el hecho de que la historia del conocimiento de Burke no sea acompañada por una epistemología, en la misma medida en que la historia de la ciencia es acompañada por la filosofía de la ciencia.

Como el propio Burke (2009) escribió sobre Goody, algunos autores tienen varias vidas intelectuales. Burke tiene ya una consagrada como historiador de la cultura, y una segunda en consolidación como historiador del conocimiento. Las ausencias y tensiones que quedan a la vista tras la lectura de *¿Qué es la historia del conocimiento?* hablan de un área en sus etapas iniciales, una suerte de *work in progress* vital y prometedor que tiene, todavía, un camino por recorrer para ganar reconocimiento.

Referencias bibliográficas

Bod, Rens (2006). “Peter Burke, What Is the History of Knowledge?”, *History of Humanities*, otoño, pp. 426-428.

Burke, Peter (2009). “Jack Goody and the comparative history of the Renaissances”, *Theory, Culture and Society*, Vol. 26, No. 7-8, diciembre, pp. 16-31.

Judge, Joan (2017). “What Is the History of Knowledge? By Peter Burke (review)”, *Canadian Journal of History*, Vol. 52, N° 1, primavera-verano, pp. 182-184.

Olson, David R. (2007). “Whatever happened to the Toronto School?”, en: Watson, Rita; Blondheim, Menahen (eds.): *The Toronto School of Communications Theory: Interpretation, extension, applications*. Jerusalem, University of Toronto Press, The Hebrew University Magnes Press, pp. 354-360.